

SERMON
PARA EL DIA DE LA NATIVIDAD
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Natus est vobis Salvator..... Invenietis
Infantem pannis involutum, et positum in
præsepium.*

Os ha nacido el Salvador..... Hallareis
un Infante envuelto en pañales y puesto
en un pesebre.

Luc. c. II, v. 11 et 12.

Aquel Dios Omnipotente, autor del cielo y de la tierra, que no tiene semejante en el poder, que eleva ó humilla á los reyes, los engrandece ó los abate, los conserva ó los arroja al sepulcro, segun que place á su voluntad soberana; aquel Dios escelso que es tres veces Santo, que ni tuvo principio ni puede tener fin, ha tomado carne en las entrañas de una Virgen de Judá, y despues de una espectacion universal de cuatro mil años, en los que habia sido anunciado al mundo por los profetas, y deseado ardientemente por los justos y patriarcas, aparece sobre la tierra en calidad de Rey manso y pacífico, como lo habia anunciado Isaias. El Unigénito del Padre, igual y consustancial á Él y

único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, ha nacido en la forma de hombre para realizar los designios de la Trinidad Beatísima. Empero no busqueis cristianos, á este tierno Infante en los palacios de los reyes, en los suntuosos alcázares de los príncipes: es verdad que él es Rey de reyes y Señor de los que dominan; pero viene á nosotros enseñándonos el camino de la humildad. Dirigios en espíritu á Belén, y alli donde encontréis la mayor pobreza, vereis entre humildes pajas y en un miserable pesebre recostado, al mismo que en el empero en esplendoroso trono de magestad se sienta, y está rodeado de millares de ángeles que le alaban y bendicen. ¿Y por qué se presenta en tanto desamparo el Príncipe de los cielos y la tierra, el Dios de la Magestad? ¿No pudo haberse presentado en el mundo con un aparato correspondiente á su altísima dignidad? ¿No pudo haberse anunciado como en el Sinaí por truenos y relámpagos espantosos? ¿No pudo presentarse á las criaturas con un semblante aterrador, en el que dejara conocer su justa indignacion por el pecado del primer hombre y homicida de la humanidad, de ese hombre que no obstante haberle criado á su imágen y semejanza y haberle constituido rey de la naturaleza, se hizo por su infidelidad esclavo del tartáreo príncipe? No, cristianos. Convenia á los designios de Dios y al bien de la humanidad que Jesucristo, el reparador de la humanidad, apareciese entre nosotros con traje humilde y en la mayor pobreza. Por mas que á la débil razon del hombre parezca repugnante la venida del que siendo Hijo en tiempo de María, lo es eternamente del Padre celestial, en estado tan humilde, ello era necesario, ¿y por qué? Porque no venia á juzgar al mundo como sucederá en el últi-

mo de los días, en que se presentará como juez terrible con todo el aparato de su magestad y grandeza, sino como penitente universal que venia á cargar sobre sus hombros los delitos del mundo todo, siendo la víctima con que debía satisfacerse la justicia eterna.

Creo haber descubirto el objeto y plan del presente discurso. *La humildad que acompaña al Salvador en su nacimiento, debe ser el modelo por el cual el cristiano debe arreglar todas sus acciones.*

Virgen Purísima, Madre de mi Dios, para que en este día intercedais por mí, y me alcanceis las luces necesarias para instruir á este pueblo, me basta repetiros la salutacion que os dirigió el ángel del Señor, cuando os anunció vuestra felicidad en haber concebido por virtud del Espíritu Santo al Verbo. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

¡Quién será capaz de esplicar, señores, el feliz estado de nuestros primeros padres, luego que salieron de la mano del Criador! El Dios Omnipotente, cuando fué su voluntad soberana, creó un mundo de entes relativos y no relativos, capaz de arrebatarse las atenciones, y no se dispensó la complacencia en sus efectos. Todas las criaturas en su origen daban al Criador una satisfaccion sublime en la coleccion inmensa de sus atributos. El cielo que nos cubre, el sol que preside el día, la luna y demas astros, la tierra que pisamos, las aguas que separan nuestros continentes, los aires con tanta variedad de aves, los mares con sus preciosidades, los rios, los montes, las fuentes de las aguas, todo, en fin, es contemplado por el celestial Artífice, y

todo este conjunto merece su aprobacion (1). ¿Y cómo no la habia de merecer un orden de cosas de una variedad tan infinita? ¡Oh mundo! ¡Oh universo! Todo cuanto nos presentas, todo canta con muda elocuencia la sabiduría, la omnipotencia, la gloria del Criador. ¿Y para quién fué formada, señores, esta hermosa máquina del universo? ¿A quién estaban destinadas las bellezas de la naturaleza? ¡Ah! todo para el hombre, que formado á la imágen y semejanza de Dios fué constituido rey de todas las cosas criadas. Considerad, pues, la felicidad de nuestro primer padre.

El hombre he dicho, y ¡quién lo creyera! Lejos de agradecer á Dios tantos dones gratuitos, lejos de rendirle continua accion de gracias por haberle dotado de un alma espiritual, adornada de potencias que le ennoblecen y le separan de los irracionales... el hombre, ese átomo imperceptible arrojado en la inmensidad del espacio, desobedece á su Dios, peca, rompe el lazo que la unia con el cielo, el Omnipotente se irrita, y con mas placer estendia su vista sobre el leon que ruge en las selvas que sobre el hombre pecador. La naturaleza muda de aspecto. La voz del Eterno vuelve á resonar en el paraiso pronunciando el decreto de muerte, y el agua, el aire, el fuego, la muerte misma se conjura contra el hombre y quieren vengar tan gran ofensa, ¿y cómo? La tierra gime bajo el peso del terrible anatema, produciendo espinas y abrojos; los animales se revisten de ferocidad, abjurando su vasallaje al hombre y rebelándose contra él; los mares amenazan de continuo tragar á la tierra, y el aire amedrenta con el impulso vehemente de sus hur-

(1) Vidit cuncta quæ fecerat, et erant valde bona. Génesis c. I, v. 31.

canes. Pero al fin, Dios habia criado al hombre para tener con él sus complacencias, por lo que no pudo menos de dirigir á él sus miradas compasivas. La ofensa cometida por el primer hombre era infinita, y satisfaccion infinita necesitaba. La palabra omnipotente ofrece al mundo un Mesías, que como mediador todo lo habia de pacificar con la estola de su misma sangre. Siguió la sucesion de los tiempos, y los profetas anunciaron este Mesías, y ellos y los patriarcas y justos del Testamento antiguo vivieron en la fé de *Cristo venturo*, y despues de esperar el mundo cuarenta siglos se vé próxima á tener cumplimiento la esperanza universal. Las mas asombrosas revoluciones, las ruinas de los tronos, las guerras continuas preparan los caminos al divino Reparador, y dan testimonio de que su reino no tendrá fin. El eco de los clarines destruye los muros de Jericó; David que aparece reinando en Israel, con proféticos salmos declara los caracteres de que ha de estar adornado el deseado de las naciones. Cúmplense por último las profecías, y el Verbo divino aparece entre los hombres en calidad de rey manso y pacífico. Sí, cristianos, hoy hace mil ochocientos sesenta años (1) que el mundo pudo darse el parabien por el nacimiento de Jesucristo.

No hay que estrañar, pues, conociendo los motivos de la Encarnacion del Verbo, que no se presentara Dios entre nosotros con el aparato con que bajó á dar la ley en el monte Sinaí, ni con la magestad con que llenó de gloria el templo de Salomon. Acerquémonos, cristianos, con nuestra consideracion á Belén, y observemos lo que allí pasa

(1) Pronunciábase este discurso el 25 de diciembre de 1860.

de maravilloso en el nacimiento del Redentor. ¿Y qué vemos? ¡Ah! un tierno Infante que nace en un pesebre; pero que es anunciado por los ángeles, adorado de reyes y pastores, que es espuesto al rigor de la estacion, cuando manda al viento y á las tempestades; que sufre el hambre, cuando despues ha de mostrar su poder saciando á las turbas con la multiplicacion de los panes; que apenas puede cubrir su desnudez con unos pobres pañales, ni tiene mas cama que unas pajas, cuando es el dueño del Universo, que no tiene mas córte que la de una Virgen modestísima y un pobre artesano, cuando en su trono de magestad en la gloria le rodean millares de espíritus angélicos, que le rinden adoracion continua. ¿Y es este, me preguntareis, el Rey de la gloria, el Unigénito del Padre, el que viene á salvar á la humanidad? ¿Es este el Redentor en quien estaba fija la espectacion universal? Sí, cristianos; este es verdaderamente el Hijo del Eterno Padre, el que viene á salvar nuestras almas, ofreciéndose como víctima de nuestro pecado á la justicia divina.

En vano clamarán los modernos impíos, reproduciendo la condenada doctrina de Marcion, que se opone á la grandeza de todo un Dios el nacer en tanta pobreza, en tanto desamparo, el escoger por lecho las pajas de un pesebre. Esto es escandaloso para los enemigos de la religion, pero decidme, ¿qué no sirve de escándalo al esceptismo del siglo XIX? Las acciones mas evidentes de la naturaleza, los fundamentos de la religion, los principios mas sanos de la moral, todo encuentra objeciones en nuestros dias. Pero nosotros vemos de otro

modo las humillaciones que acompañan al Salvador en su nacimiento, sin dejar de observar en aquel estado señales evidentes de su divinidad. El anuncio del ángel á los pastores, la misteriosa estrella que hace abandonar sus estados á los monarcas del Oriente, la adoracion que estos hacen al recién nacido, el temor de Herodes, la turbacion de Jerusalem, el himno de paz entonado por los ángeles, todo esto señales son claras y evidentes de que es un Dios verdadero el que en tanta pobreza se esconde bajo el velo de la humanidad. Porque ¿á qué nacimiento que no hubiera sido el de un Dios, hubieran ocompañado tantas maravillas? ¿Qué nacimiento ha producido los efectos que el de Jesucristo? Y si me preguntais, hermanos míos, los efectos de tal natividad, yo os los haré ver en pocas palabras. Oid el cántico de los ángeles: *gloria á Dios y paz á los hombres*. ¿Qué gloria se daba á Dios, qué culto se le tributaba antes del nacimiento de Jesucristo? ¡Ah! que los astros del cielo, hechura de las omnipotentes manos, y las cosas inanimadas de la tierra, y la bestia, y el insecto, y el mármol, todo tenia adoradores, todo tenia quien le reconociese como Dios, y le tributase el culto á que solo la Divinidad tenia derecho. Roma contaba mas de cuarenta estátuas de Hércules, trescientas de Júpiter y cinco de Minerva, sin hacer cuenta de las erigidas á Venus y Mercurio. La hoguera de Saturno se sostenia con toda clase de víctimas; el griego, el caldeo y el romano sacrificaban á Júpiter sus prisioneros, y las naciones todas no presentaban otra cosa que el cuadro mas triste de la idolatría y del desórden. Ni me digais que el Dios verdadero era

adorado en espíritu y en verdad en Israel. Ciertos es, católicos, que Dios era conocido en aquel pueblo (1); pero ¿recibia entre los israelitas la adoracion que le era debida? No: porque los ingratos hijos de Israel quemaban incienso al verdadero Dios; pero ni este incienso, ni sus oraciones, ni sus víctimas podian ser aceptadas por la Divinidad, puesto que á la sombra del templo vivian tranquilos en el adulterio, el homicidio y todas las maldades. Pues bien, cristianos, Jesucristo aparece en el pesebre revestido de nuestra humanidad que une á su divinidad, y ofrece á su Eterno Padre una adoracion la mas humilde. ¿Cuál fué el delito del primer hombre? La soberbia. ¿Cuál fué la causa de tantos males como vinieron al mundo hasta la venida de Jesucristo? La soberbia. Dijo, pues, muy bien el Sábio, que la soberbia fué el principio de todo pecado, porque segun observa el Padre San Gregorio, no solo corrompió la naturaleza angélica, sino que estravió la inocencia del hombre. *Per hanc enim diabolus succubuit, per hanc sequentem hominem stravit*: Esta soberbia, este espíritu de superioridad ha quedado desde entonces presidiendo los consejos del mundo. ¿Qué nos presenta la historia de los pueblos y de los imperios, de los príncipes y de los conquistadores, la historia de todos los siglos y de todas las naciones sino un cuadro espantoso de las calamidades con que la soberbia ha afligido á los hombres desde el pecado de Adán? Leed, señores, la historia de los siglos del paganismo. El deseo de elevarse sobre los demás hombres se reputaba como virtud, sin parar mientes en los

(1) Notus in Judæa Deus. Ps. LXXV, v. 2.